

AYALA MORA, ENRIQUE, RESUMEN DE HISTORIA DEL ECUADOR,
QUITO, CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 1992, 169 pp.*

En nuestro país la historia escrita ha tenido que recorrer un largo camino antes de convertirse en un quehacer profesional. Luego de haber fungido, hasta mediados del presente siglo, de arma política al servicio de las disputas partidistas o de discurso legitimador de posiciones que oscilaban entre las tendencias liberales y conservadoras, la reflexión histórica especializada emprende solo a partir de los años setenta, una reformulación de los parámetros que hasta entonces habían orientado la comprensión de la trayectoria nacional. Desde el campo de las ciencias sociales, y ante el desafío de un presente que suscitaba nuevas e inéditas preguntas al pasado, se desarrolló entonces un esfuerzo por comprender la historia a través de categorías científicas, cuestión que, además, pasaba por la necesidad de articular el trabajo intelectual a la preocupación por lo social. Ambos aspectos debían sustentar la construcción de un proyecto intelectual y político que aspiraba a comprender el pasado y el presente, y, con ello, el cambio social y las posibilidades de fomentarlo. Empezó así la historia a ganarse el estatuto de ciencia social.

Enrique Ayala fue protagonista activo de ese momento fundacional de una nueva historia para el país. En ese marco hizo contribuciones fundamentales a la comprensión de nuestra etapa republicana estableciendo con precisión, aún no superada, la naturaleza y trayectoria de las fuerzas que gestaron la historia política decimonónica (más tarde incursionaría con iguales logros en la etapa liberal). Su adhesión a la línea del emergente pensamiento alternativo, se manifestó de múltiples maneras en esos primeros planteamientos. En su obra, la historia ya no constituía el escenario de fuerzas invisibles que inexplicablemente habían designado como gestores exclusivos del pasado a los presidentes, los obispos y los héroes. Tampoco era el escenario de los hechos únicos e irrepetibles y de las instituciones. En su lugar, tomaban presencia los múltiples protagonistas, hasta entonces ocultos, que la sociedad integra y que a manera de fuerzas sociales y de actores colectivos se convierten - desbordando los marcos institucionales - en los grandes y verdaderos gestores de los procesos económicos, sociales, políticos. Los sectores sociales, las multitudes, las utopías colectivas empezaban a poblar la historia, saliendo por fin de su anonimato de siglos.

Los diversos esfuerzos que en la reflexión histórica desplegaron los estudiosos de los setenta, se articularon alrededor de una iniciativa que Enrique Ayala impulsó a inicios de los años ochenta: el proyecto de elaborar *La Nueva Historia del Ecuador*, obra que condensaría el trabajo de ese movimiento. En el marco de la convocatoria se diseñaron en conjunto los lineamientos científicos y metodológicos de la futura historia y se

* El texto de esta reseña fue elaborado para la presentación del libro en el marco del lanzamiento efectuado el 27 de julio de 1993.

precisaron, a través del diálogo y del debate, la naturaleza y el alcance de sus contenidos. Tal vez la tarea más dura e importante, en ese contexto, fue el intento por esbozar una nueva periodización de la historia del Ecuador, que adoptara como hitos, no solo los eventos que definen cambios superficiales a nivel político, sino las modificaciones que se operan a nivel de las estructuras profundas de tipo económico, social, ideológico y cultural.

Esta Nueva Historia, sin embargo, constituía aún un saber para especialistas. El discurso científico que la obra adoptó, inaugurando con él una nueva epistemología del conocimiento histórico, no podía todavía traducirse en un lenguaje de divulgación. Aún era demasiado temprano. Debían pasar algunos años antes de que los diversos trabajos de los aproximadamente 70 autores de la Nueva Historia, pudieran ser articulados y depurados en una síntesis de conjunto. De nuevo, esta otra tarea pionera fue asumida también por Enrique Ayala. El resultado lo tenemos ahora: su Resumen de la Historia del Ecuador, cuyo lanzamiento en este momento nos convoca.

Este Resumen condensa en sí las dos cualidades más importantes del autor en su dimensión de historiador: el talento y la vocación por la enseñanza, aspectos ambos que se han mostrado inseparables en su vida profesional, y que ahora aparecen fusionados en lo que podría concebirse como la primera y más importante iniciativa de divulgación de la historia especializada desde el surgimiento de la moderna historiografía. Con esta obra se podrá, por fin, empezar a salvar la brecha entre un conocimiento que durante años ha estado confinado a cerrados círculos intelectuales y el saber del gran público, cuya memoria histórica espera desde hace décadas por una renovación. De allí que este Resumen esté concebido como un recurso de difusión flexible, apto tanto para ser usado en el medio educativo de la enseñanza formal, como para ser difundido de manera general.

El esfuerzo de síntesis realizado por Enrique no significa un mero recorte de la Nueva Historia. Construir una visión de conjunto de la historia nacional, en versión breve, implica poner en juego un complicado procedimiento de análisis. Implica precisar la naturaleza de los períodos y determinar las problemáticas fundamentales que definen cada época, porque no todas obedecen a las mismas pulsaciones. Implica descubrir los hilos conductores de los procesos para que la explicación tenga una articulación lógica. Solo la larga experiencia de Enrique en el campo de la investigación y de la reflexión históricas, aunada al impulso por buscar en la historia luces, sentidos, que ayuden a definir mejores futuros para el país, podían haber hecho realizable semejante empresa. Empresa esta que, como reto más difícil, demandaba de nuevo la creación de otro lenguaje, de una epistemología renovada que, en el caso del presente Resumen, debía ir más allá de la que inauguró la Nueva Historia, para ponerse al servicio del amplio público.

El marco temporal que cubre la obra abarca aproximadamente desde los 11.000 años a.c. hasta los recientes eventos vividos por el Ecuador en la última década. A lo largo de 120 páginas el lector podrá descubrir una historia que marcha al ritmo de las relaciones que los hombres establecen con la naturaleza, con sus medios productivos y con los otros hombres en el marco de una sociedad, en la que la dicotomía estado-sociedad, juega un papel protagónico de primer orden. Protagónicas son, ante todo, las relaciones que entran en conflicto y que dan lugar a la configuración de sectores sociales que, con proyectos de clase o proyectos étnicos, definen la suerte de los procesos históricos,

contribuyendo a su transformación. El énfasis de esta aproximación reside en el análisis de las estructuras económicas y sociales y de las correlaciones de fuerzas que actúan en la definición de los fenómenos políticos. Fuera del texto explicativo, la obra incluye una variada información sistematizada que comprende una sucinta cronología, una lista fechada de las constituciones republicanas y un registro minucioso de los jefes de estado y de sus períodos presidenciales. Se añade por fin información sobre los partidos políticos. No se han dejado de lado recursos gráficos tales como mapas, ilustraciones y fotografías que facilitan al lector el acceso a los contenidos de la obra.

No podemos reclamar al autor el poco espacio que concede en su Resumen a manifestaciones que rebasan el estricto marco de los fenómenos que de manera muy simplificada hemos mencionado. También entre los años ochenta y noventa la reflexión histórica ha dado nuevos frutos que amplían y complican el panorama sobre nuestro pasado, cuestión que el autor de todas maneras advierte, aunque sin llegar a explicar la importancia que estas nuevas propuestas tienen en una reformulación paulatina de las categorías que en los setenta tenían el estatuto de científicas. Habrá que esperar ahora también porque el debate académico y la misma producción histórica vayan contribuyendo a forjar un nuevo repertorio de nociones que respondan a las demandas teóricas de un presente siempre en transformación. Como el autor mismo lo advirtió ya en relación a la Nueva Historia, ésta debía ser en el futuro superada, porque de no hacerlo terminaría por negar su propia naturaleza de historia sujeta a la historia, de historia sujeta al cambio. Creemos que la obra de Enrique lo compromete profunda e inevitablemente con un quehacer que por su propio origen y desenvolvimiento representa la alternativa crítica a las propuestas de la historia oficial convencional, tan gravitante aún en la conciencia histórica nacional. La crítica y la problematización de los fenómenos del pasado son los signos de una reflexión histórica renovada. Una historia que se oficializa, en el intento de consagrar verdades absolutas, está destinada al suicidio.

Quiero finalizar felicitando a Enrique por su obra, y hacer votos porque su difusión cumpla el papel transformador que le está asignado.

Rosemarie Terán Najas

**PAÚL AGUILAR, ET. AL, ENFOQUES Y ESTUDIOS HISTÓRICOS,
QUITO A TRAVÉS DE LA HISTORIA,**

QUITO, DIRECCIÓN DE PLANIFICACIÓN DEL MUNICIPIO DE QUITO
Y CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA
MINISTERIO DE RR.EE. DE ESPAÑA, 1992.

Otro libro, uno más, sobre Quito. Se puede decir, legítimamente que Quito es la ciudad más documentada de la historia ecuatoriana. Desde que F. González Suárez usó por primera vez los Libros de Cabildo, a fines del siglo pasado, el voluminoso número de comentaristas ha superado con mucho las nuevas fuentes documentales disponibles. ¿Se justifica esta nueva empresa historiográfica?

A los ojos pragmáticos del buen vecino podría parecer, a simple vista, que todo se ha dicho sobre la historia de la ciudad. Entre las toneladas de escritos parecería imposible no repetirse. A la inversa, ante los ojos benévolo de un historiador, deseo de justificar

sú profesión, podría decirse, solemnemente, que "cada generación debe escribir su propia historia". Una fórmula que recuerda el derecho canónico: como si la relación entre originalidad y empresa generacional fuera obligatoria. En realidad, solo la mirada crítica sobre cada empresa intelectual nos puede revelar si existe una mirada nueva o si la "generación" en cuestión reposa plácidamente sobre las espaldas de la anterior.

El libro se compone de once artículos que enfocan la historia urbana desde diferentes aproximaciones (mentalidades, actores sociales, arte y arquitectura, etc.) desde los cacicazgos preincásicas hasta 1950 aproximadamente. Otros libros de la misma colección abordan el espacio del Quito contemporáneo.

En la introducción Eduardo Kingman entrega algunas pistas sobre las preocupaciones dominantes de una disciplina reciente en Ecuador: la historia urbana. En pocas páginas subraya algunos de los elementos centrales que recorrerán todo el libro: la ciudad como materialización de exclusiones sociales. A lo largo del libro aparecerán los excluidos de la ciudad: el espacio campesino, los mestizos, los indios. Pero también los discursos de la exclusión y los excluidos: el poder municipal, las normas de la urbanidad, las leyes de la decencia pública, el derrotero de la segregación espacial.

Galo Ramón se pregunta por los excluidos del tiempo. Pocos períodos de la historia de la ciudad han merecido tantas interpretaciones como el carácter y el estatuto del Quito precolonial. Fuente y cristalización de imágenes, aspiraciones e intenciones insatisfechas, la producción historiográfica sobre el tema está marcada por un antes y un después. Antes y después del estudio de Frank Salomon "Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas". La excelente síntesis de Ramón nos ilustra sobre un "después" cuyos avatares son poco conocidos y donde las viejas interpretaciones que ignoran los estudios etnohistóricos recientes, siguen escribiéndose y publicándose.

El artículo de Rosemarie Terán ofrece un panorama general de la expansión urbana de Quito en los siglos XVI y XVII. Cómo la organización del espacio excluye y gracias a esa exclusión, construye un modelo de "vida en policía". No solo el ritmo y las modalidades del desarrollo económico de la Audiencia de Quito (la economía textil) sino también y muy particularmente la lógica de la evangelización y de la organización eclesiástica, configuraron la ocupación colonial de la meseta quiteña.

Guadalupe Soasti pretende enfocar uno de los elementos característicos de la zona norte de los Andes: el comercio y los comerciantes. El artículo distingue entre los "mercaderes" y los "tratantes". Los primeros, vinculados al gran comercio y a las redes de gran distancia, eran criollos o peninsulares que engrosaron las filas de la élite colonial de la ciudad. Los segundos, en cambio, eran reclutados del lado "oscuro" de la medalla étnica y social de Quito: vendían al detalle, combinaban oficios y establecían las redes de distribución cotidiana de mercaderías. El artículo, sin embargo, no explora aquello que deja evocado: el papel de ambos grupos sociales en la configuración urbana de Quito. Las redes de relaciones comerciales de mercaderes y tratantes organizaron un espacio propio apenas señalado en la descripción de ambos grupos ¿Cómo tales redes se articulan en la formación de la ciudad? El artículo, en medio de un libro como este, despierta la pregunta pero deja dormida la respuesta.

Pablo Ospina espera dar cuenta de otro elemento central de la organización urbana colonial: el aparato del poder local por excelencia, el Cabildo. Su intención declarada es cambiar la perspectiva en el estudio de la formación del poder local: en tanto relaciones que se estructuran en medio de intervenciones repetidas y

sucesivas en la vida cotidiana de la ciudad. El poder entendido como redes de legitimaciones de la autoridad que se estructura todos los días y no como una institucionalidad preconstituída que se despliega luego en la vida cotidiana. Lamentablemente, el trabajo consta de dos partes no muy bien hilvanadas entre sí: una sobre el abastecimiento de alimentos de la ciudad colonial y otra sobre el control del servicio de agua de la urbe. En el hiato entre dos partes separadas, se pierde el sentido del texto.

Eduardo Kingman aborda la formación de la ciudad republicana. Durante todo el siglo XIX la ciudad no crece espacialmente pero en cambio se densifica su poblamiento. ¿Por qué? No se trata tan solo de las dificultades topográficas para la expansión urbana sino de la ocupación campesina y comunal en los alrededores de la ciudad. Las condiciones para la transformación de la tierra en mercancía se fueron creando a lo largo del siglo para permitir, en el siglo XX, la inusitada expansión espacial de Quito. La expansión de finales del XIX se acompañó de una ampliación de los servicios urbanos, de una diferenciación ocupacional y de una segregación espacial muy particular, donde los componentes étnicos se superponían a los de clase.

Eduardo Kingman y Ana María Goetschel abordan el orden de las exclusiones culturales en el Quito de inicios del siglo XX. La decencia pública invade la "modernización" de una ciudad todavía colonial. Una ciudad que quiere exorcisar el fantasma de su retraso: el ambiente rural, su fachada indígena, su cultura de la cantina. Las prohibiciones configuran la clave de la construcción de la ciudad moderna.

Guillermo Bustos se pregunta por la formación de actores urbanos hasta mediados del siglo XX. Su trabajo se estructura en medio de la polémica: entre aquellos que sin investigación empírica postulan el apareamiento de modernas clases sociales vinculadas al apareamiento del capitalismo y aquellos otros que a su juicio idealizan, con una mirada romántica, las características "contestatarias" de los grupos subalternos urbanos del período analizado. Para Bustos la formación de la identidad cultural de las clases subalternas está tan informada por el desarrollo de la ciudad moderna, como por la matriz exclusoria de una ciudad que se asienta sobre valores señoriales.

Es justamente el artículo de Milton Luna, publicado originalmente en 1989, el que partiendo de las mismas premisas que Bustos (el desarrollo del capitalismo y las matrices étnicas heredadas del pasado), concluye en la formación de una "ideología" clasista de los sectores subalternos. Luna parte de una pregunta implícita que ha recorrido los estudios sobre las clases populares de la época: ¿por qué la formación y la actividad de la clase obrera quiteña no respondió a las características clásicas de la clase obrera europea? La respuesta se encuentra en las características artesanales del capitalismo de inicios de siglo y en su origen rural. De ella deriva, no obstante, una visión esperanzada del mestizo que "se adueñó de la ciudad y le inyectó su carácter y personalidad". Luna subraya las inclusiones de los indios en la constitución de la identidad popular urbana pero olvida las fuertes evidencias de la exclusión.¹

Fernando Pérez Arteta presenta un artículo sobre el arte en el siglo XIX. Su intención es hacer una periodización de las tendencias artísticas hasta 1960. No obstante el resultado en una abigarrada mezcla de nombres de artistas, señalamiento de estilos que

1. Algunas críticas similares pero de otro aspecto de la tesis de Milton Luna en Hernán Ibarra, 1992, *Indios y Cholos*, Quito, Editorial El Conejo, pp. 45 y ss.

se suceden y mención de acontecimientos políticos (presidentes que se sustituyen unos a otros, partidos que se fundan y gobiernos que se catalogan por sus tendencias ideológicas). En medio del artículo surge, sin embargo, un argumento: el paulatino y progresivo desarrollo de una "modernidad" artística nunca bien definida a lo largo del texto.

Finalmente, Paúl Aguilar se interesa en la arquitectura de inicios del siglo XX. Volvemos al argumento de la segregación espacial expresada ahora no solo en la distribución de la población sobre el territorio sino en la propia configuración arquitectónica de Quito. En el espacio privado del hogar de inicios de siglo se encuentra que el hogar no fue tan privado y que no fue un hogar, sino muchas formas de apropiación de los espacios cotidianos.

Al final de la lectura de los artículos, queda abierta la pregunta inicial ¿es un libro nuevo? Más allá de la temática, de las fuentes utilizadas y de los desarrollos de hipótesis específicas en cada artículo y para cada época, queda una sensación general: la influencia de la mirada antropológica en los estudios históricos reseñados. Pero una antropología política, preocupada de los mecanismos de ejercicio del poder y de las formas de exclusión que aparecen enclaustradas en la vida diaria. Una mirada al racismo y a la negación en la organización del espacio y el poder, en la formación de los actores colectivos, en la estética de las figuras. Por eso, si éste es un libro de historia nuevo no se debe a su mirada sobre el pasado sino a la pregunta que le hace al futuro.

Pablo Ospina

**ALEXANDER RODRÍGUEZ, LINDA, *LAS FINANZAS PÚBLICAS
EN EL ECUADOR (1830-1940)*,
QUITO, BANCO CENTRAL DEL ECUADOR, 1992.**

El volumen cuatro de la Biblioteca de Historia Económica del Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador recoge el trabajo de Linda Alexander Rodríguez "Las Finanzas Públicas en el Ecuador (1830-1940)", investigación ya conocida, aunque de manera parcial, a través de la publicación de la primera versión en idioma castellano de algunos de sus capítulos en la Revista Ecuatoriana de Historia Económica, editada también por el citado Centro.

El libro está estructurado en siete capítulos en los cuales se analiza la historia geográfica, económica y política del Ecuador desde inicios de su vida republicana. En los tres primeros se enfoca la evolución de las finanzas públicas desde 1830, señalando que debido a condiciones estructurales del país, entre las que sobresale el regionalismo económico y físico, unido a la volátil situación política, el Estado durante el siglo XIX se ve imposibilitado de formular y ejecutar una coherente política financiera.

El siguiente capítulo analiza las finanzas gubernamentales durante el período liberal, subrayando la recurrencia de los gobiernos a arbitrios extraordinarios para financiar sus actividades e incluso para cubrir gastos corrientes. Es la época en que el país se sirve de impuestos fáciles de cobrar, sin considerar aspectos como la equidad, productividad o su racionalidad económica. Esta incapacidad del Estado para financiar sus gastos por medio de la tributación o de negociar nuevos préstamos extranjeros, obliga a los gobiernos

a recurrir al endeudamiento interno para cubrir su perenne déficit presupuestario; durante los primeros treinta años de vida nacional se acude a los préstamos de particulares, mientras que en el período 1860-1923, los bancos costeños se constituyen en la principal fuente de ingresos.

En los capítulos V y VI se ofrece un estudio detallado de la actuación de la Misión Kemmerer en el país y sus consecuencias. Se analizan las reformas institucionales, las leyes fiscales, bancarias y monetarias sugeridas y los obstáculos que debieron salvar los técnicos extranjeros para llevar a la práctica sus recomendaciones.

El estudio concluye con un importante apéndice estadístico que sustenta la idea fundamental de la autora: "que es el cambio evolutivo, no revolucionario, el que tipifica la historia de la nación" y que, no obstante la agitada vida política, esa turbulencia es engañosa, porque enmascara continuidades en las prácticas políticas y fiscales.

La utilización sistemática de las principales fuentes primarias para la interpretación de un siglo de historia financiera del Ecuador, hacen de este trabajo un significativo aporte ante la escasez de literatura sobre la Historia monetaria del país.

Rebeca Almeida A.

**PÉREZ-ORDÓÑEZ, DIEGO, *HISTORIA DEL CONSERVADORISMO*,
QUITO, ABYA YALA EDICIONES, S.F. 146 PP.**

En la misma portada el libro anuncia: "Prólogo de J. M. Jijón-Caamaño". El apellido suena, porque en los medios políticos y culturales es normal que muchos conozcan a Jacinto Jijón y Caamaño, quien fuera primerísima figura del conservadorismo clásico en los albores del siglo XX, promotor industrial y sin duda, valioso investigador de la historia ecuatoriana, cuyo fondo bibliográfico forma hoy parte del archivo del Banco Central en Quito. Para otros quizás también sea motivo de prestigioso recuerdo el "Conde de Casa Jijón", heredero del conservadorismo político que inspirara, con inigualada inteligencia, Don Jacinto. Lo cierto es que el nombre de quien prologa esta obra constituye, por sí mismo, una invitación a la lectura.

El prologuista considera que "La clara visión del escritor, Diego Pérez-Ordóñez, es tanto más meritoria por tratarse de un joven que, con valentía y acierto, ha afrontado la tarea de analizar lo que es el pensamiento conservador, su trascendencia e importancia". Y el propio autor reconoce, en su introducción: "En pocas palabras, el objeto de este estudio consiste en hacer un intento por exponer algunos de los más importantes principios que unen a los conservatismos de diferentes partes del mundo occidental, así como mostrar unos pocos pensadores que por sus ideas merecen el calificativo de 'conservadores". El título del libro, en consecuencia, contradice al contenido de la obra, porque en ella no se realiza la historia del conservadorismo (bastante ambiciosa como misión). En efecto, el libro está dividido en cuatro partes: El pensamiento conservador, El conservadorismo europeo; El conservadorismo en Estados Unidos; y, El conservadorismo en América Latina. La primera parte, además, está subdividida en cinco subtemas: La naturaleza humana para el conservadorismo; El elitismo aristocrático conservador; La preferencia conservadora por el derecho natural; La sociedad orgánica, no atómica; y, La tradición: piedra angular del pensamiento conservador. La parte final, a su vez, que

anuncia tratar el conservadorismo en América Latina, realiza unos apuntes sobre los conservadorismos chileno, argentino, boliviano, paraguayo, peruano, colombiano, brasileño, uruguayo, venezolano, mexicano y centroamericano, entre las páginas 128 y 140, es decir, en 12 páginas; dedicando al conservadorismo en Ecuador 19 páginas (109-128). Todo esto, que constituye la única parte propiamente "histórica" del libro, deja mucho que desear, no solo por sus pretensiones investigativas, sino porque nada aporta, en fuentes primarias o en análisis, al trabajo académico que en Ecuador y en toda América Latina han venido realizando los historiadores políticos, por lo menos desde hace dos décadas.

La obra expone principios fundamentales del conservadorismo que más bien pueden considerarse clásicos. Allí se concentran los esfuerzos del autor. Para ello también le sirve el seguimiento del conservadorismo europeo y norteamericano, a través de las ideas de algunos pensadores. Un examen de la bibliografía presentada al final del texto permite inferir esos mismos propósitos, aunque resulte ostentoso el grupo de "Bibliotecas consultadas". Pero tampoco se trata de una historia de las ideas, conforme hoy se realiza y de la cual puede dar cuenta la vigorosa presencia del pensar latinoamericano y del quehacer filosófico en Ecuador.

El libro representa, por consiguiente, un trabajo de divulgación de autores y de concepciones para explicar qué es el conservadorismo, sus raíces significativas y sus concepciones teóricas y humanas. Publicado por una editorial de conocido prestigio en nuestro medio (lástima que no se indica fecha, aunque la obra circula en 1993) sirve como introducción al tema y como un buen estudio monográfico al servicio de colegiales, estudiantes y lectores que requieren información resumida, rápida y clara.

Juan J. Paz y Miño C.

**BOTTASSO, JUAN, COMP., LOS SALESIANOS Y LA AMAZONÍA,
RELATO DE VIAJES 1893-1909,**

TOMO I, QUITO, 1993, ABYA YALA EDICIONES, 399 PP.

Este es el primero de los tres tomos que componen la colección documental sobre la presencia de los Salesianos en el oriente a finales del siglo XIX, concretamente, su establecimiento en la región de Méndez y Gualaquiza, provincia del Azuay. Este tomo está compuesto por las relaciones de viajes que los misioneros salesianos enviaron al *Bollettino Salesiano* de Turín, desde 1893, en los cuales, entre otras cosas, dieron cuenta detallada de la labor que realizaron en favor de la política que el estado ecuatoriano ha intentado desplegar en el Oriente y de los habitantes de la zona. Por tanto, constituye una fuente importante para el estudio de la evangelización decimonónica, como mecanismo de definición de las fronteras orientales, al promover presencias estables que hicieran respetar las fronteras en la amazonía. Representa, además, un gran aporte documental para el trabajo histórico y etnohistórico de finales del siglo XIX y principios del XX en esta región. Pues, cada bloque de relatos proporciona al investigador, y al lector curioso, información variada sobre las costumbres, la organización social y política, datos poblacionales, mitos y creencias de las comunidades indígenas Shuar de hace 100 años.

La obra aparece en el marco de la conmemoración del centenario del establecimiento de la Orden Salesiana en el Ecuador, acontecimiento que no solo rememora la historia misional de los religiosos sino que llama la atención sobre su destacada presencia en el campo de la cultura y de las culturas de nuestro país. Precisamente, el libro presenta el origen de aquellas primeras vinculaciones con los habitantes amazónicos, vinculaciones que con el paso del tiempo han ido nutriéndose de una importante reflexión antropológica, fomentada por la misma orden en los diversos ámbitos académicos interesados en el Oriente ecuatoriano.

Rocío Rueda Novoa